

Miguel León-Portilla

*La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



### CAPÍTULO III

## IDEAS METAFÍSICAS Y TEOLÓGICAS DE LOS NAHUAS

Entre los varios textos nahuas que hablan acerca de la concepción que los *tlamatinime* tenían sobre la divinidad, hay uno de particular interés que contiene la respuesta dada por los sabios nahuas a los doce primeros frailes impugnadores de su religión y tradiciones. Se trata de toda una sección del ya antes mencionado libro de los *Colloquios*, que no es sino la recopilación hecha por Sahagún sobre la documentación que halló en Tlatelolco, de las pláticas y discusiones tenidas por los doce primeros frailes, llegados en 1524, con los indios principales y sus sabios acerca de temas religiosos.<sup>1</sup>

Los párrafos que vamos a presentar, traducidos por vez primera al castellano, constituyen los puntos culminantes de la respuesta de los *tlamatinime*, que lejos de someterse servilmente —como algunos han creído— ante la nueva doctrina enseñada por los frailes, prefieren discutir con ellos. Al hablar los *tlamatinime* ante los frailes y ante el pueblo es quizás ésta su última y más dramática actuación pública. A través de sus palabras, extremadamente respetuosas y llenas de cautela, se ve que tienen conciencia de que, por ser ellos los vencidos, no puede existir de hecho un plano de igualdad en la discusión. Sin embargo, no por esto dejan de oponerse con valentía a los que consideran injustificados ataques contra su manera de pensar.

Como vamos a verlo, claramente se descubre que las razones que dan a los frailes proceden de un saber organizado acerca de la

<sup>1</sup> Véase lo dicho en la Introducción, al analizar las fuentes, donde se trató del valor y contenido de este libro. Lo que aquí traducimos ahora es la mayor parte del capítulo VII (*inic chicome Cap.*) del texto náhuatl, tomado de la versión paleográfica publicada por W. Lehmann en su *Sterbende Götter und Christliche Heilsbotschaft*, Stuttgart, 1949, p. 100-107.

divinidad. Hablando ante numerosa gente y tal vez prefiriendo no ir demasiado lejos a la vista de los frailes, sólo esgrimen los argumentos que juzgan más apropiados para mostrar simplemente que el modo náhuatl de pensar en relación con la divinidad puede y debe ser respetado, por poseer ciertamente un rico y elevado concepto acerca del Dador de la vida y por ser igualmente sólido fundamento de sus estrictas reglas de conducta y de su tradición inmemorial. He aquí la forma como hablaron los *tlatatinime*:

- 872 Señores nuestros, muy estimados señores:<sup>2</sup>  
habéis padecido trabajos para llegar a esta tierra.
- 875 Aquí, ante vosotros,  
os contemplamos, nosotros gente ignorante...
- 902 Y ahora ¿qué es lo que diremos?,  
¿qué es lo que debemos dirigir  
a vuestros oídos?  
¿Somos acaso algo?  
Somos tan sólo gente vulgar...
- 913 Por medio del intérprete respondemos,  
devolvemos el aliento y la palabra
- 915 del Señor del cerca y del junto.  
Por razón de él nos arriesgamos,  
por esto nos metemos en peligro...
- 920 Tal vez a nuestra perdición, tal vez a nuestra destrucción,  
es sólo a donde seremos llevados.  
(Mas) ¿a dónde deberemos ir aún?  
Somos gente vulgar,  
somos perecederos, somos mortales,
- 925 déjennos pues ya morir,  
déjennos ya perecer,  
puesto que ya nuestros dioses han muerto.  
(Pero) Tranquilícese vuestro corazón y vuestra carne,  
iseñores nuestros!,

<sup>2</sup> Los números que se anteponen a las varias líneas se refieren a la división hecha del texto náhuatl por W. Lehmann en su edición de los *Colloquios y Doctrina Christiana...*, *op. cit.*, p. 100 y siguientes.

930 porque romperemos un poco,  
ahora un poquito abriremos  
el secreto, el arca del Señor, nuestro (dios).

Vosotros dijisteis  
que nosotros no conocemos  
935 al Señor del cerca y del junto,  
a aquel de quien son los cielos y la tierra.  
Dijisteis  
que no eran verdaderos nuestros dioses.  
Nueva palabra es ésta

940 la que habláis,  
por ella estamos perturbados,  
por ella estamos molestos.  
Porque nuestros progenitores,  
los que han sido, los que han vivido sobre la tierra,

945 no solían hablar así.  
Ellos nos dieron  
sus normas de vida,  
ellos tenían por verdaderos,  
daban culto,

950 honraban a los dioses.  
Ellos nos estuvieron enseñando  
todas sus formas de culto,  
todos sus modos de honrar (a los dioses).  
Así, ante ellos acercamos la tierra a la boca,<sup>3</sup>

955 (por ellos) nos sangramos,  
cumplimos las promesas,  
quemamos copal (incienso)  
y ofrecemos sacrificios.

Era doctrina de nuestros mayores  
960 que son los dioses por quien se vive,  
ellos nos merecieron (con su sacrificio nos dieron vida).  
¿En qué forma, cuándo, dónde?  
Cuando aún era de noche.

<sup>3</sup> Se refiere claramente esta línea a la ceremonia que hacían en los juramentos descrita así por Sahagún: “y luego tocaba con los dedos en la tierra, llevábalos a la boca y lamíalos y así comía tierra haciendo juramento”.



- Era su doctrina  
965 que ellos nos dan nuestro sustento,  
todo cuanto se bebe y se come,  
lo que conserva la vida, el maíz, el frijol,  
los bledos, la chíá.  
Ellos son a quienes pedimos  
970 agua, lluvia,  
por las que se producen las cosas en la tierra.
- Ellos mismos son ricos,  
son felices,  
poseen las cosas,  
975 de manera que siempre, y por siempre,  
las cosas están germinando y verdean en su casa...  
allá “donde de algún modo se existe”, en el lugar de *Tlalocan*.  
Nunca hay allí hambre,  
980 no hay enfermedad,  
no hay pobreza.  
Ellos dan a la gente  
el valor y el mando...
- Y ¿en qué forma, cuándo, dónde, fueron los dioses invoca-  
dos,  
990 fueron suplicados, fueron tenidos por tales,  
fueron reverenciados?
- De esto hace ya muchísimo tiempo,  
fue allá en Tula,  
fue allá en Huapalcalco,  
995 fue allá en Xuchatlapan,  
fue allá en Tlamohuanchan,  
fue allá en Yohuallichan,  
fue allá en Teotihuacan.
- Ellos sobre todo el mundo  
1000 habían fundado  
su dominio.  
Ellos dieron  
el mando, el poder,  
la gloria, la fama.

- 1005 Y ahora, nosotros  
¿destruiremos  
la antigua regla de vida?  
¿La de los chichimecas,  
de los toltecas,  
1010 de los acolhuas,  
de los tecpanecas?
- Nosotros sabemos  
a quién se debe la vida,  
a quién se debe el nacer,  
1015 a quién se debe el ser engendrado,  
a quién se debe el crecer,  
cómo hay que invocar,  
cómo hay que rogar.
- Oíd, señores nuestros,  
no hagáis algo  
1020 a vuestro pueblo  
que le acarree la desgracia,  
que lo haga perecer...
- 1036 Tranquila y amistosamente  
considerad, señores nuestros,  
lo que es necesario.  
No podemos estar tranquilos,  
1040 y ciertamente no creemos aún,  
no lo tomamos por verdad,  
(aun cuando) os ofendamos.
- Aquí están  
1045 los señores, los que gobiernan,  
los que llevan, tienen a su cargo  
el mundo entero.  
Es ya bastante que hayamos perdido,  
que se nos haya quitado,  
1050 que se nos haya impedido  
nuestro gobierno.
- Si en el mismo lugar  
permanecemos,

sólo seremos prisioneros.  
Haced con nosotros  
1055 lo que queráis.

Esto es todo lo que respondemos,  
lo que contestamos,  
a vuestro aliento,  
a vuestra palabra,  
1060 ioh, señores nuestros!<sup>4</sup>

Parece superfluo cualquier largo comentario a un texto que tan clara y dramáticamente habla por sí mismo. Tan sólo quizá convendrá destacar expresamente, a modo de resumen, cuáles fueron las principales razones dadas por los *tlamatinime*, ya que así podrá valorarse mejor su original manera de argumentar.

Hábilmente comienzan su discurso, humillándose ante los frailes y alabando a éstos como venidos de más allá del mar, “entre nubes y nieblas”. Mas pronto, contrastando con sus palabras anteriores, muestran su resolución de responder y contradecir, a sabiendas de que, como dicen, “nos metemos en peligro”. Confiesan que no dejarán de hablar por temor a la muerte, que es más bien lo que buscan, ya que, según dicen los frailes, “los dioses han muerto”.

Después de este preámbulo, citan los *tlamatinime* las objeciones mismas de los frailes: “Vosotros dijisteis que no conocemos al Señor del cerca y del junto, a aquel de quien son los cielos y la tierra”, y responden admirándose primero y dando las razones más obvias, las que cualquier seguidor culto de una fe religiosa daría todavía en la actualidad: “Nuestros progenitores nos dieron estas normas de vida... ellos tenían por verdaderos a los dioses, nos enseñaron todas sus formas de culto, todos sus modos de honrarlos...”

En seguida —tras haber así relacionado sus creencias con la antigua enseñanza recibida de generación en generación— pasan a dar toda una serie de variados y profundos argumentos. El primero, que es tal vez el más hondo, debió ser no obstante comprensible a la gran mayoría del pueblo, al ser presentado por los *tlamatinime* en

<sup>4</sup> *Colloquios y Doctrina Christiana...* (Edición de W. Lehmann, p. 100-106); AP I, 20.

relación con el viejo mito de la creación de los astros y del hombre en Teotihuacan, cuando se juntaron allí los dioses para dar principio al quinto sol (nuestra edad).

“Era doctrina de nuestros progenitores —dicen los sabios nahuas— que son los dioses a quienes se debe la vida...” Pero lo más importante es la explicación que añaden acerca del tiempo y el modo como aconteció esto: “aún era de noche” (*in oc iohuaya*). Palabras que, como acertadamente comenta Lehmann en una nota, significan: “En los tiempos anteriores a toda edad, cuando no existía aún nada determinado.”<sup>5</sup> Por consiguiente, implícitamente están señalando los *tlamatinime* el origen de cuanto existe en un periodo en el que, ausente toda forma o determinación, sólo reinaba la noche. En ese oscuro lapso pre-cósmico, más allá de cualquier tiempo y espacio determinados, fue cuando comenzaron a actuar las fuerzas divinas. Tal es la antigüedad del existir y la acción de los dioses.

Otras razones más añaden los sabios nahuas en favor de sus creencias y tradiciones. No sólo fueron los dioses el origen de la vida “cuando aún era de noche”, sino que, en todo tiempo, son quienes la conservan: “ellos nos dan nuestro sustento, todo cuanto se bebe y se come, lo que conserva la vida, el maíz, el frijol...” Y hay más: a los dioses —que son, como hemos visto en el capítulo anterior, las fuerzas cósmicas fundamentales— es “a quienes se debe el que se produzcan las cosas”, ya que ellos dan el agua y la lluvia. Como símbolo maravilloso de su poder fecundador se alude expresamente a la morada divina “allá donde de algún modo se existe”, en *Tlalocan* (morada de Tláloc, dios de la lluvia), lugar “donde las cosas siempre germinan y verdean”.

Después de todas estas razones de hondo contenido filosófico, puestas al alcance del pueblo que escucha, gracias a los mitos bien

<sup>5</sup> W. Lehmann, *op. cit.*, p. 103 (nota 2). Conviene añadir como dato de interés que las palabras nahuas citadas aquí por los *tlamatinime*: *in oc iohuaya* (“aún era de noche”) son precisamente las mismas con las que los indígenas informantes de Sahagún, muchos años más tarde (hacia 1560), comenzaron a relatar el mismo mito de la creación del quinto sol en Teotihuacan (véase *Textos de los informantes*, edición facsimilar de Del Paso, v. VI, f. 180). Esto prueba una vez más lo que ya se ha hecho ver: que los indios tenían notable capacidad para retener, a la letra, las tradiciones y leyendas que aprendían de memoria en el *Calmécac* o en el *Telpochcalli* (centros de educación).



conocidos, a los que de continuo se alude, pasan los *tlamatinime* al campo de la historia y ofrecen otro argumento que hoy llamaríamos de autoridad. Comienzan por preguntarse “¿en qué forma, cuándo fueron los dioses invocados, suplicados, tenidos por tales, reverenciados?” La respuesta es clara y precisa: “hace ya de esto muchísimo tiempo”, y enumeran luego los más antiguos centros religiosos y de cultura, donde —como lo atestigua la tradición— se tenía por verdaderos a los dioses: en Tula, en Huapalcalco, en Xuchatlapan, en Tlamohuanchan, en Yohuallichan, en Teotihuacan.<sup>6</sup> Sobre todo el mundo (*nohuian cemanáhuac*) imperaban los dioses.

La conclusión —reforzada todavía con un nuevo argumento implícito— se impone: “¿cómo vamos a destruir nosotros unas normas de vida tan antiguas, aceptadas ya por los toltecas, los chichimecas, los acolhuas, los tecpanecas...” No es posible suprimir un sistema de vida y de pensamiento que tiene hundidas sus raíces en la tradición más antigua de la vieja estirpe náhuatl.

Después de esta importante consideración histórica, que muestra claramente que los *tlamatinime* eran conscientes de lo que pudiera llamarse “continuidad cultural de los nahuas”, vuelven de nuevo al campo metafísico, para enunciar, sólo a modo de resumen, proposiciones como las siguientes, que parecen indicar los grandes capítulos de su saber teológico: “Nosotros sabemos —dicen— a quién se debe la vida, a quién se debe el nacer, el ser engendrado, el crecer...” Si esto es así, si se alude abiertamente a un saber teológico bien meditado, “tenemos en el corazón”, que explica cuestiones tan hondas como las que se han enumerado, no será ya de extrañar que la conclusión de los sabios nahuas sea la de exhortar a los frailes a que respeten el modo náhuatl de creer y pensar: “No hagáis algo a vuestro pueblo que le acarree la desgracia”... Porque lo que los frailes enseñan “no lo tomamos por verdad”, y esto aun cuando “os ofendamos y disgustemos”.

<sup>6</sup> Se señalan todos estos sitios, algunos fácilmente localizables en la actualidad como Tula y Teotihuacan, y otros tal vez míticos como Xuchatlapan y Tlamohuanchan (o Tamoanchan), etcétera, que —como lo hace ver Sahagún en su versión resumida en castellano de este texto— eran tenidos por “célebres y sagrados lugares”. (En *Colloquios y Doctrina Christiana...*, edición de Lehmann, p. 63.)

Bien saben los *tlamatinime* que su pueblo ha perdido ya su libertad y su forma de gobierno. Los conquistadores han dado muerte a sus dioses —es decir, a sus tradiciones, a su arte y, en una palabra, a toda su cultura—; “haced pues con nosotros lo que queráis. Esto es lo que respondemos, lo que contestamos...” Tal fue, en resumen, la última actuación pública de los pocos *tlamatinime* que sobrevivieron a la Conquista y de la que tenemos noticia histórica cierta. A través de las palabras de los sabios nahuas hemos visto reflejado —como dice Lehmann— “el choque del pensamiento y la fe de los europeos con el mundo espiritual de los antiguos mexicanos”.<sup>7</sup> Y, juntamente con esto, hemos podido constatar *en acción* la existencia de un saber teológico entre los *tlamatinime*. Aquí han aparecido tan sólo algunos rasgos fundamentales. En los textos que vamos ahora a examinar encontraremos los elementos necesarios para ensayar su reconstrucción lo más integralmente que se pueda. Mas, antes de pasar al estudio directo de los textos que nos muestran con algún detalle el modo como concebían racionalmente los sabios nahuas a la divinidad, nos ocuparemos de otra documentación, cuyo análisis preliminar juzgamos indispensable, por encontrarse en ella toda una especie de *problemática* acerca del conocimiento metafísico y de la divinidad. O sea que los filósofos nahuas no sólo hicieron afirmaciones acerca de lo que tenían por principio supremo y divino, sino que —como lo demuestran los textos que vamos a ver— también dudaron y se plantearon problemas sobre la existencia y naturaleza de la divinidad y el más allá.

<sup>7</sup> W. Lehmann, *op. cit.*, p. 11.